

Episodio 7

El espíritu de las Bienaventuranzas

A veces las cosas se conocen mejor a través de sus opuestos. La luz brilla más cuando resplandece en medio de la oscuridad. La virtud se ama más cuando se piensa en la fealdad de su vicio opuesto.

Distanciarse del espíritu del mundo es algo necesario. Es lo que se requiere en los primeros días de preparación para la consagración. Hemos considerado el mundo en sí mismo. Ahora es el momento de considerar la belleza del espíritu opuesto: el espíritu de las bienaventuranzas.

El Señor dio el secreto de una vida feliz. Feliz es la vida de quien considera la vida eterna como su verdadero hogar.

Por eso, al decir dónde se encuentra la felicidad, su discurso se convierte en el más revolucionario de todos los tiempos:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos hallarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados seréis cuando os insulten, os persigan y, mintiendo, digan toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el Cielo.

Porque del mismo modo trataron a los profetas que os precedieron (Mt 5,3- 12).

Nos enseña que la felicidad se encuentra en estas cosas no porque sea agradable llorar o ser perseguido. Sino porque se reafirma la Verdadera Vida.

Pero... ¿es real vivir las bienaventuranzas? ¿Es algo humano? Jesús habla incluso de sentimientos de alegría ante la pobreza, el llanto, la persecución... Dice *bienaventurados, alegraos, exultad...*

Dos cuestiones guían esta lección. En primer lugar, mostrar que este espíritu **es practicable** por los laicos, porque innumerables de ellos lo han vivido así. En segundo lugar, la persona que vive este espíritu es la que vive una vida humanamente plena y psicológicamente sana.

1) Primera pregunta: Los laicos están llamados a vivir el espíritu de las bienaventuranzas:

El laico y el espíritu de las Bienaventuranzas

En el *Directorio de la Tercera Orden del IVE* (n. 206) lo que parece dirigido sólo a los religiosos se aconseja en cambio a los laicos: "La locura de la Cruz consiste en vivir las bienaventuranzas. ¡Bienaventurados los insensatos por Cristo! Serán llevados por mal camino, se reirán de ellos y los considerarán lentos, retrasados e incluso débiles mentales: de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los necios por Cristo. Porque se han despojado de sí mismos y se presentan ante Dios con todo su candor. Bienaventurados los necios por Cristo. Ninguna sabiduría del mundo podrá engañarlos. Es la locura del amor sin límite ni medida. Es bendecir a los que nos maldicen¹, *no devolver mal por mal a nadie* (Rom 12,17)".

¹ Cf. Rom 12,14.

Y en los números 352 - 353 dice más sobre la vida matrimonial:

"Queremos que los matrimonios pertenecientes a nuestra Familia del Verbo Encarnado brillen como antorchas en este mundo ateo y materialista (...) Por eso queremos testimoniar ante el mundo: que es posible abrazar las exigencias del Evangelio sin miedo ni reservas, a imitación de la Sagrada Familia; y **que es posible vivir el espíritu de las Bienaventuranzas en el matrimonio**, llevándolo hasta sus últimas consecuencias.

Al no adherirse a las modas actuales que destruyen la familia, el matrimonio, las parejas demuestran que tienen el espíritu de las bienaventuranzas. Para alcanzar este espíritu, el amor a Dios y la unión con Él a través de la oración se dan como consejos en el n° 448. Algo que, sin duda, un laico puede conseguir:

448. En esta unión con Dios todo éxito apostólico se mide por la caridad; los laicos "impulsados por la caridad que procede de Cristo, hacen el bien² a todos. Especialmente a sus hermanos en la fe, desechando *toda malicia y todo engaño e hipocresía, envidias y toda malicia* (1 Pe 2,1), atrayendo así a los hombres hacia Cristo. La caridad de Dios *que ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado* (Rom 5:5), da a los laicos la capacidad de expresar en sus vidas el espíritu de las Bienaventuranzas³.

Pero esto puede parecer todavía demasiado teórico. Vemos cuán concreta fue esta propuesta en la vida de Pier Giorgio Frassati, a quien el mismo Papa dio el incomparable título de "el hombre de las bienaventuranzas".

2. Pier Giorgio Frassati, el "joven de las ocho bienaventuranzas"

Homilía de San Juan Pablo II, domingo 20 de mayo de 1990)

He aquí algunas de las palabras que pronunció el Papa el día de la beatificación

Adorad al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a responder a todo el que os pregunte por la esperanza que hay en vosotros (1 Pe 3,15).

En nuestro siglo, Pier Giorgio Frassati, a quien en nombre de la Iglesia tengo hoy la alegría de proclamar beato, encarnó en su propia vida estas palabras de san Pedro. La fuerza del Espíritu de la verdad, unido a Cristo, hizo de él un testigo moderno de la esperanza que brota del Evangelio y de la gracia de la salvación que actúa en el corazón del hombre. Se convirtió así en testigo vivo y valiente defensor de esta esperanza en nombre de los jóvenes cristianos del siglo XX.

La fe y la caridad, verdaderos motores de su existencia, le hicieron activo y laborioso en el ambiente en que vivía, en la familia y en la escuela, en la universidad y en la sociedad; le transformaron en un apóstol de Cristo alegre y entusiasta, en un seguidor apasionado de su mensaje y de su caridad.

El secreto de su celo apostólico y de su santidad hay que buscarlo en el itinerario ascético y espiritual que recorrió; en la oración, en la adoración perseverante, incluso nocturna, del Santísimo Sacramento; en su sed de la palabra de Dios, escrutada en los textos bíblicos; en la aceptación serena de las dificultades de la vida, incluidas las familiares; en la castidad vivida como disciplina hilarante y sin compromisos; en su predilección cotidiana por el silencio y la "normalidad" de la existencia.

Ciertamente, a primera vista, el estilo de Pier Giorgio Frassati, joven moderno y lleno de vida, no presenta mucho de extraordinario. Pero ahí radica precisamente la originalidad de su virtud, que invita a la reflexión e incita a la imitación. En él, la fe y los acontecimientos cotidianos se funden armoniosamente, hasta el punto de que la adhesión al Evangelio se traduce en una amorosa atención a los pobres y necesitados, en un crescendo continuo hasta los últimos días de la enfermedad que le llevaría a la muerte.

² Cf. Gal. 6, 10.

³ AA, 4

Todo inmerso en el misterio de Dios y todo dedicado al servicio constante del prójimo: ¡así podría resumirse su jornada terrena! Su vocación de cristiano laico se concretó en sus múltiples compromisos asociativos y políticos, en una sociedad en ebullición, indiferente y a veces hostil a la Iglesia. Con este espíritu, Pier Giorgio supo dar impulso a los diversos movimientos católicos, a los que se unió con entusiasmo, pero sobre todo a la Acción Católica, así como a la FUCI, en la que encontró un verdadero campo de entrenamiento para la formación cristiana y ámbitos propicios para su apostolado. En la Acción Católica vivió con alegría su vocación cristiana.

y orgullo y se comprometió a amar a Jesús y a ver en Él a los hermanos y hermanas que encontraba en su camino o a los que buscaba en lugares de sufrimiento, marginación y abandono para hacerles sentir el calor de su solidaridad humana y el consuelo sobrenatural de la fe en Cristo.

Murió joven, al final de una existencia corta pero extraordinariamente rica en frutos espirituales, dirigiéndose "a su verdadera patria para cantar alabanzas a Dios".

La celebración de hoy nos invita a todos a acoger el mensaje que Pier Giorgio Frassati transmite a los hombres de nuestro tiempo, especialmente a vosotros, jóvenes, deseosos de ofrecer una contribución concreta de renovación espiritual a este mundo nuestro, que a veces parece desmoronarse y languidecer por falta de ideales.

Proclama, con su ejemplo, que una vida conducida en el Espíritu de Cristo, el Espíritu de las Bienaventuranzas, es "bienaventurada" y **que sólo quien se convierte en "hombre de las Bienaventuranzas" es capaz de comunicar amor y paz a sus hermanos**. Repite que realmente vale la pena sacrificarlo todo para servir al Señor. Atestigua que la santidad es posible para todos y que sólo la revolución de la caridad puede encender en el corazón de los hombres la esperanza de un futuro mejor".

2) La vida humana sólo se vive plenamente a través de las bienaventuranzas:

Pasemos ahora a la segunda parte: Vivir el espíritu de las bienaventuranzas no sólo da al hombre madurez para la vida eterna, sino también para la vida temporal:

La siguiente es una ponencia del P. Miguel Angel Fuentes, IVE:

"Las Bienaventuranzas nos introducen en el corazón del Sermón de la Montaña y de todo el Evangelio; son el 'aguatinta' del cristianismo: negro sobre blanco. A partir de ellas, todo destaca claramente. Siempre han sido el tema preferido de numerosos exégetas, comentaristas bíblicos, predicadores y teólogos. Santo Tomás dijo de ellas que expresan los actos más perfectos que realizan las virtudes perfeccionadas por los dones del Espíritu Santo. En otras palabras: son el *cenit* (el punto más alto) del trabajo cristiano sobrenatural o la culminación de todo el trabajo para alcanzar la madurez cristiana.

Pero es evidente que siempre se llega a un puerto cuando se ha navegado con el rumbo apuntado hacia él. Las Bienaventuranzas, por tanto, contienen también *la dirección en la que* hay que avanzar en el viaje hacia la madurez humana. Cada una de ellas alude a una *actitud* propia y esencial para la madurez. **Quien se esfuerza por recorrer estos caminos *está en camino hacia la madurez***. En la medida en que se alcanza cada una de estas disposiciones psíquicas y espirituales, se puede medir el grado de madurez humana. Por el contrario, **quien carece de alguna de estas *disposiciones* sufre de inmadurez**.

No son, de hecho, cualidades opcionales, sino **indispensables**. Son ocho propiedades *básicas* de la madurez, que describen la relación de la persona con los "campos de batalla" de la vida: 1) el mundo material, 2) las pasiones, 3) las faltas morales, 4) la santidad, 5) la miseria ajena, 6) la esfera afectiva y sexual, 7) el resentimiento y la división entre los hombres, y 8) el misterio del sufrimiento personal.

Las fórmulas que Jesús utiliza para las Bienaventuranzas nos ayudan a sondear los pensamientos de nuestro corazón y la posición que tenemos ante estas realidades apremiantes. **Espiritualmente revelan nuestra pertenencia a uno de los dos amores posibles: Dios o el mundo.** Psicológicamente **revelan la madurez o inmadurez de nuestro carácter.**

- 1) **"Bienaventurados los pobres de espíritu"**: dicho de otro modo, "Bienaventurados los que se desprenden" de las cosas materiales. Esta bienaventuranza "explora" la madurez de nuestra relación con los bienes creados. Tanto los externos (o materiales) como los internos (psicológicos y espirituales).

La pobreza de espíritu implica libertad frente a los bienes terrenos, frente al tener o no tener, (lo que San Ignacio llama 'indiferencia'⁴). Implica también una cierta desconfianza o decepción ante las soluciones que prometen las realidades terrenas, que es como reconocer que no pueden resolver completamente nuestros problemas, y mucho menos satisfacer nuestras necesidades espirituales; sólo Dios puede responder a las necesidades de nuestro espíritu. Vivir esta bienaventuranza exige, por último, la actitud espiritual del *verdadero* pobre: la humildad.

El "pobre" en sentido bíblico es el que se *reconoce* necesitado y dependiente de Dios y comprende que todo lo recibe de Él.

La expresión más lúcida e importante del pobre o humilde es el desapego de sí mismo, que podemos llamar "sano olvido de sí" (porque también hay olvido de sí malsano⁵).

De esta actitud se derivan innumerables bienes que llevan nuestro carácter a su verdadero florecimiento; entre ellos podemos destacar:

- Serenidad ante las dificultades materiales;
- Tranquilidad en situaciones difíciles;
- Confianza depositada exclusivamente en Dios.

A su vez, **la humildad**, que hemos señalado como la condición del verdadero pobre, germina en realismo, olvido de sí mismo y gran poder ante Dios ("*La oración del humilde penetra las nubes*", leemos en Eclo 35,17).

Como contrapartida, la falta de esta actitud se traduce en una actitud ansiosa o codiciosa hacia las cosas mundanas. En el orden material, se presenta en los vicios de la codicia y la avaricia. Genera inquietud, angustia, desconfianza y preocupación. En el orden espiritual, nos encontramos con el egoísmo y el vivir replegado en uno mismo. Por eso, este "olvido de sí" está en el corazón de todo comportamiento neurótico; de hecho, el grupo "Neuróticos Anónimos" -inspirado en la metodología de "Alcohólicos Anónimos"- afirma que la neurosis está "causada por el egoísmo innato de la persona, que le impide tener capacidad de amar".

Si quisiéramos sondear nuestro corazón sobre este aspecto concreto, tendríamos que preguntarnos: ¿Estoy apegado a algo o a alguien? ¿Cuáles son mis miedos? (éstos revelan apegos);
¿Qué efecto ha causado el apego o la confianza en las cosas terrenales, tanto en mí como en los demás?
¿Vivo pensando en mí? ¿Hago que todo gire en torno a mí, a mis gustos, a mis preocupaciones? ¿Soy yo el criterio último de mis juicios?

⁴ La inteligencia, para San Ignacio de Loyola, es una actitud interior de desprendimiento y disponibilidad en manos de Dios respecto a todas las cosas. Uno no se inclina más por una cosa que por otra mientras se manifiesta la voluntad divina.

⁵ Quien no se "olvida" sanamente de sí mismo, saliendo de sí para buscar un ideal o el bien del prójimo, corre el riesgo de caer en una forma malsana de "olvido de sí mismo" que es la de la persona que "escapa" de sí misma, como el alcohólico, el drogadicto y otros tipos de adicción

Cuando localices alguna falta grave de independencia de las cosas mundanas, será necesario trabajar no sólo en la pobreza, sino también -y sobre todo- en el olvido de uno mismo, pues la lucha contra la "auto-obsesión" está tanto en la base de todo el camino espiritual como en la base de cualquier tratamiento psicológico del que se esperen resultados serios. También será necesario trabajar para adquirir humildad y confianza en Dios.

- 2) **"Bienaventurados los mansos"**, que es como decir "felices los que dominan sus pasiones". Manso es quien domina su cólera, su ira, sus protestas; es quien es capaz de perdonar. Esta Bienaventuranza implica la sumisión de la pasión de la ira, es decir, "domar" el propio corazón, como se hace con un animal impulsivo y caprichoso. Implica la virtud de la humildad (de

De hecho, la palabra griega utilizada en esta Bienaventuranza, que traducimos como *mansedumbre*, equivale también a *humildad*).

De ello se derivan numerosas ventajas:

- La paz del alma que brota de la quietud de las pasiones;
- Gran fuerza espiritual, pues quien se domina tiene a su servicio toda la energía que consumirían sus pasiones incontroladas;
- Hace atractiva el alma, de hecho, como dice el refrán, "se cazan más moscas con una gota de miel que con un barril de hiel", de ahí que esta Bienaventuranza haya caracterizado a tantos santos que han atraído a tantos, como san Francisco de Sales, san Juan Bosco, san Francisco de Asís, etc.

Por el contrario, la falta de esta actitud caracteriza una forma de inmadurez que agria el espíritu, haciéndolo insoportable para los demás e incluso para uno mismo; esclaviza nuestra psicología a una pasión fatigosa; aísla a la persona dificultando sus caminos, acabando a menudo por ser abandonada o, al menos, rechazada; alimenta el resentimiento, exagera las faltas de los demás, genera violencia, odio, resentimiento, venganza, división etc.

Cualquiera que quiera sondear la región de su corazón que llamamos "apetito irascible" debería preguntarse:

¿Descubro en mí resentimientos o agravios? ¿Maltrato a los demás con mis palabras, gestos o comportamiento? ¿Soy vengativo, brusco, violento? ¿Tengo reacciones impulsivas de las que luego me arrepiento? ¿Me cuesta pedir perdón? ¿Perdono fácil y rápidamente? Quien piense cultivar esta característica espiritual tendrá que disciplinarse en el autocontrol y en el dominio de sus pasiones (especialmente la ira, el miedo y la tristeza) y también practicar el arte de aprender a perdonar y la virtud básica de la humildad.

- 3) **"Bienaventurados los que lloran"**, entendido principalmente como llorar por los propios pecados, es decir, "felices los que se arrepienten de sus errores y pecados y tratan de corregirse reparando el mal causado".

Esta dimensión espiritual engloba tres características esenciales para la madurez humana.

- a) En primer lugar, la capacidad de reconocer los propios errores, pecados y equivocaciones, valorando la responsabilidad que se ha tenido en ellos. Esta conciencia, sin embargo, debe ser equilibrada y realista, porque la conciencia de pecado no debe confundirse con un cierto *sentido patológico del pecado* por el que la persona tiende a no sentirse perdonada a pesar de haber recibido el perdón de Dios o del prójimo ofendido.
- b) En segundo lugar, la capacidad de arrepentirse de lo que uno ha hecho.
- c) Y por último, la intención de pedir perdón y reparar los daños y ofensas (en la medida de lo posible).

Le siguen bienes relevantes como la capacidad de corregirse constantemente y seguir adelante en la vida a pesar de los errores; reconciliarse fácilmente con Dios y con el prójimo; **la paz del alma**

(como insinúa Jesús en la recompensa que atribuye a esta Bienaventuranza: "*Serán consolados*").

Por el contrario, la inmadurez en este nivel conlleva grandes dificultades entre las que hay que destacar una terrible nota negativa para el alma: la falta de dolor por el pecado, que puede inclinarse hacia una línea peligrosa; precisamente, se llama *psicópata* a la persona impasible ante el dolor que causa en los demás; al mismo tiempo, la falta de arrepentimiento o empatía puede llevar a actitudes sádicas. Además, cierra el alma en sí misma a sí mismo y lo pone en contra de Dios; imita el principal rasgo psicológico de los condenados eternamente, que es la falta de arrepentimiento por el mal cometido. Produce desolación y desesperación. De la falsa sensación de pena se derivan males muy grandes, como el sufrimiento patológico por los propios defectos, la incapacidad de perdonarse a sí mismo o la tendencia a volver constantemente sobre las faltas pasadas sobre las que Dios ha derramado Su Misericordia.

El análisis del corazón debe pasar por estas preguntas:

¿Cuál es mi actitud emocional ante mis pecados? ¿Qué sentido de la responsabilidad tengo por mis actos? ¿Comprendo que, además de arrepentirme, tengo que reparar, en la medida de lo posible, los errores que he cometido? ¿Lo hago con serenidad o tengo un sentimiento de culpa desproporcionado? ¿Soy consciente del dolor que causo a los demás? ¿Evito hacer sufrir al prójimo o soy indiferente? etc.

Si se detectan anomalías en este ámbito, hay que trabajar el sentido del pecado, la humildad de corazón y el olvido de sí mismo. Y, en el caso de que exista un sentimiento patológico de culpa, el esfuerzo pasa por adquirir un verdadero sentido del pecado y la capacidad de perdonar.

- 4) "**Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia**". En la Sagrada Escritura, el "justo" es el siervo de Dios, lo que llamamos la persona "santa". Por tanto, esta bienaventuranza podría formularse así: "Felices los que aspiran a la santidad, a la virtud y a lo que es noble". Esta Bienaventuranza *explora* nuestras aspiraciones y, en consecuencia, la madurez que revelan: ¿somos indiferentes, mediocres o desapegados en nuestra tendencia a la santidad?

Implica el deseo de santidad (*la justicia* debe entenderse en este sentido); [implica también] la existencia en nuestros corazones de la importantísima **virtud de la magnanimidad**, ya que se subraya el carácter de "grandeza" y "esfuerzo" al hablar de "hambre y sed" y no de mero "deseo" (es un deseo intenso, tenaz, anhelante). También incluye un deseo *total*, ya que esta Bienaventuranza se expresa en el texto griego en acusativo (lo que muestra que se refiere a "toda la justicia", de hecho se diría: *los que tienen hambre y sed de toda la justicia*) y no en genitivo (que indicaría una parte de la justicia). **No habla de actos justos o santos aislados, sino de la santidad misma**; el que tiene hambre y sed de santidad es el que quiere ser santo, no el que aspira a realizar alguna buena acción de vez en cuando.

En realidad, esta actitud conduce a la santidad, porque *sólo los violentos* conquistan el Reino de los Cielos (cf. Mt 11,12); por consiguiente, es un signo de gran madurez espiritual. Además, este deseo manifiesta una voluntad verdadera y eficaz, genera una gran alegría espiritual y da verdadera paciencia en las dificultades cotidianas, porque quien aspira a algo muy valioso considera poco importantes las dificultades que entraña conseguirlo.

Por otra parte, quienes carecen de esta actitud manifiestan diversos signos de inmadurez espiritual. En primer lugar, el corazón apunta a ideales muy alejados de lo propuesto por Jesucristo.

Si nuestros deseos más ardientes (es decir, aquellos que nos perturban, que nos inquietan, que parecen meternos *hormigas en el cuerpo* y que no nos dejan dormir tranquilos hasta que los hemos realizado), **no se resumen en "ser santos"**, entonces la santidad es, para nosotros, algo

accesorio. Es más, tal vez haya sido descartada de la vida por ser poco atractiva o imposible. Pero **la renuncia a la santidad es el primer paso hacia la desesperación**. Cuando faltan estos deseos, uno comienza *inmediatamente*, aunque al principio de forma inconsciente, a acomodarse a esta vida, a establecerse en ella; en otras palabras, a **mundanizarse**. Lo único que nos separa de los afectos mundanos es un ardiente deseo de algo grande, santo o noble. Por otra parte, la falta de deseos ardientes es un signo de pusilanimidad y engendra pereza espiritual.

El corazón se examina a sí mismo preguntándose:

¿Cuáles son mis principales deseos? ¿Qué sentimientos despierta en mí el pensamiento de la santidad: consuelo o fastidio? entusiasmo o desinterés? pereza, rencor, aburrimiento? o, por el contrario, interés, ánimo, entusiasmo? ¿Trabajo seriamente por la santidad? ¿Tengo proyectos nobles, grandes, trascendentes o divinos? ¿O vivo una vida arrastrada, conformada con un vuelo de gallina, sin aspiraciones interesantes?

Al trabajar este tema, será necesario trabajar sobre la santidad (naturaleza, necesidad, medios para alcanzarla, etc.), poner ante los ojos los ejemplos encarnados de santidad que excitan el corazón y cultivar -contra la apatía- la caridad real y concreta.

5) "Bienaventurados los misericordiosos", o también: "Bienaventurados los que se compadecen de su prójimo, los que se duelen de los males ajenos y tratan de remediarlos, los que atienden a las necesidades de los demás más que a las suyas propias".

Esta bienaventuranza propone la verdadera misericordia, que no debe confundirse con la *falsa* ternura. La palabra hebrea para misericordia (*cheved*) significa la capacidad de ponerse en el lugar del otro para verlo como te ve, sentirlo como tú lo sientes y sufrir como tú sufres. Así fue la misericordia de Cristo, que sufrió comprendiendo lo que nosotros sufrimos, desde "dentro", como dice el autor de la Carta a los Hebreos (cf. Hb 4,15). No se trata sólo de **una** actitud sensible, sino ante todo espiritual: **es dolor espiritual por el mal espiritual, que es pecado o alejamiento de Dios**. Por eso impulsa a la acción, para remediar -en la medida de lo posible- el mal.

De esta dicha se derivan innumerables bienes.

- En primer lugar, es una de las aptitudes que más embellecen el alma: el corazón misericordioso es el que más se parece a Dios, pues la misericordia es el atributo divino más percibido por los seres humanos, ya que todo lo que sabemos de Dios, lo sabemos porque Él se inclina *misericordiosamente* hacia nosotros y nos abre su Corazón y sus misterios.
- Esta cualidad también protege contra una de las enfermedades más corruptoras del alma humana: *la esclerosis espiritual* o *dureza de corazón*, es decir, la incapacidad de percibir el dolor ajeno.
- Del mismo modo, da al alma una enorme delicadeza espiritual y emocional para tratar a los demás: el verdadero misericordioso evita hacer sufrir a su prójimo, porque su principal interés es aliviar el sufrimiento, no causarlo ni aumentarlo.
- Igualmente, hace a la persona amable y le confiere una gran capacidad para los modales; por eso el misericordioso es siempre buscado y acogido con veneración, incluso por quienes profesan ideas totalmente distintas (es notable, por ejemplo, cómo religiones discrepantes del catolicismo, como el hinduismo o el islam, o ideologías que lo persiguen, se han visto a veces obligadas a respetar a quienes practican la misericordia, como ocurrió con la Madre Teresa de Calcuta en la India y China).
- Por último, la misericordia garantiza que la persona se vuelva hacia el prójimo y se descentre de sí misma, impidiéndole replegarse sobre sus propios problemas; en este

sentido, es una protección contra las diversas formas de neurosis que brotan del egocentrismo.

La falta de esta actitud genera la enfermedad espiritual y psicológica de la "dureza de corazón" o "falta de empatía". También impulsa a vivir con los propios problemas con los ojos abiertos sólo al propio sufrimiento; así puede generar numerosas formas de *autocompasión* y neurosis.

Para sondear el corazón debemos preguntarnos

¿Soy indiferente al sufrimiento de los demás? ¿Soy sensible al dolor de los demás pero incapaz de ayudarles realmente? ¿Me preocupan más mis problemas que los de los demás? ¿Soy capaz de asumir el sufrimiento de los demás, independientemente de que suponga una carga extra para mí? ¿Pienso más en mí que en los demás?

Y si observo fallos en este ámbito, debo trabajar en el olvido de mí mismo, esencia de la verdadera caridad y sentido del sufrimiento.

6) "Bienaventurados los limpios de corazón". Aunque esta expresión ha sido interpretada de diversas maneras por los comentaristas de las Bienaventuranzas, consideraré aquí sólo uno de sus significados: el que se refiere a la pureza y a la castidad. En este sentido equivaldría a decir: "Felices los que aman y practican la virtud de la pureza". La pureza/castidad es uno de los elementos esenciales de la madurez humana. La lujuria y la labilidad sexual son una manifestación inequívoca de inmadurez al ser una fijación en comportamientos puberales o prepuberales.

Esta actitud implica la castidad no sólo en los actos externos, sino también en las intenciones, pensamientos y deseos; es decir, la decisión positiva de ser puros, evitando jugar con el peligro en cualquier ámbito o grado; supone también el cultivo del pudor y la mortificación externa e interna. Pero, por otro lado, no tiene nada que ver con el comportamiento neurótico ante la sexualidad que ve pecado donde no lo hay, o que se perturba por los movimientos no deliberados e involuntarios de nuestra naturaleza.

Quedan por decir todos los bienes que se siguen de esta disposición: la práctica profunda de la castidad (que incluye toda nuestra afectividad) es:

- Una causa de gran equilibrio para el alma,
- Serenidad del corazón
- Conexión con realidades espirituales
- Garantiza una maduración sexual homogénea y, finalmente, una vivencia plena y armoniosa de la sexualidad dentro de la vocación al matrimonio.

Al contrario, la mancanza di questa condizione, - che si presenta nel vizio dell'impurità sotto qualsiasi forma, inclusa l'impurità nelle intenzioni, nei desideri, nei pensieri, nell'imprudenza nelle occasioni di peccato, nella curiosità in ciò che comporta pericolo di sensualità e lussuria ecc... - es uno de los trastornos más destructivos y degradantes de la persona, porque conduce fácilmente a:

- Conducta desordenada,
- Se convierte en un vicio y puede convertirse en una adicción (en otras palabras, tiende a empeorar progresivamente).
- Produce insensibilidad ante el pecado: lo que inicialmente se consideraba malo pasa fácilmente a ser tolerado, a ser visto como "normal", como "inevitable", como "necesario" y así sucesivamente.
- Por último, no sería extraño que condujera a un comportamiento contra natura.

Si queremos sondear el corazón en este asunto, además de considerar cómo juzgamos personalmente los desórdenes contra la castidad (muchos tienen juicios erróneos al respecto), deberíamos examinar

también nuestras disposiciones para poder vivir serenamente la virtud:

¿Soy modesto? ¿Cuál es mi comportamiento ante las ocasiones de pecado? ¿Me expongo innecesariamente? ¿Soy curioso en materia sexual? ¿Soy laxo con mis pasiones, faltar de mortificación? ¿Me permito licencias que preparan el corazón para caer en el pecado? ¿Soy mundano en mis pensamientos, gustos y apariencias? ¿Veo la televisión cuando no es necesario o aislado? ¿Utilizo la televisión, el cine por Internet, etc. como escape del aburrimiento o la soledad? ¿Presto atención a lo que miro en periódicos, revistas, etc.? ¿Leo cosas mundanas y peligrosas que encienden mi imaginación?

Si es necesario educar la pureza de corazón, el trabajo debe realizarse en varios campos: cultivando el sentido del pecado, aprendiendo a dominar la imaginación y los afectos, purificando la memoria y la imaginación mediante la meditación, el estudio serio, etc.; y también mediante un trabajo físico sano y equilibrado: limpieza, deporte, etc. Y, sobre todo en el aspecto positivo, hay que tener un ideal noble, vivir una vida de gracia, practicar la caridad y ofrecerse por los demás.

- 7) **"Bienaventurados los pacificadores"**, que es como decir: "Bienaventurados los que saben reconciliar y sembrar la paz en los corazones divididos". Esta bienaventuranza no se dirige tanto a los "amantes de la paz" como a los "productores" de la misma. Es una de las cualidades más notables de un corazón maduro.

Esta capacidad presupone la pacificación previa del propio corazón. Sólo cuando uno ha pacificado su propio corazón puede sembrar la paz en otros corazones. La paz de la que hablamos aquí es la del alma con Dios, y también consigo misma. Es efecto de la gracia; *en particular*, proviene de hacer en todo momento la voluntad de Dios. Y la evitación de la voluntad de Dios sobre nosotros *produce siempre inquietud, falta de calma y lucha interior*. Además [esta Bienaventuranza] exige aprender a callar muchas veces cuando quisiéramos hablar, y a hablar otras cuando quisiéramos callar. Requiere también el arte de corregir bien y oportunamente (porque reprender a destiempo siembra rebeldía y discordia), estar dispuestos a pedir perdón a quienes hemos ofendido, perdonar siempre a quienes nos ofenden, no hablar nunca mal de nadie delante de los demás y revestirse siempre de buen ánimo (es decir, de alegría, consuelo y serenidad).

De esta actitud se derivan recompensas muy grandes: nos hace "hijos de Dios", como dice el premio atribuido a esta Bienaventuranza, porque nos hace reproducir una de las principales obras de Dios: construir la paz. También nos hace parecernos a Cristo, que vino a traer la paz entre los hombres: "*Quiso Dios... por medio de Él reconciliar consigo todas las cosas, mediante la Sangre de su Cruz... reconciliando las cosas de la tierra con las del cielo*" (Col 1,20). El Mesías es llamado "*príncipe de la paz*" (Is 9,5).

En cambio, quienes carecen de este atributo son propensos a ser sembradores de discordia, chismosos, desprestigiadores de los demás, propagadores de tensiones en comunidades o grupos, etc.

El corazón se examina a sí mismo preguntándose:

Cuando veo a personas distanciadas o en disputa entre sí, ¿me alegro de alguna manera o trato de poner paz entre ellas? ¿Hago más profunda la herida "echando más leña al fuego"? ¿Murmuro o chismeo? ¿Estoy dispuesto a pedir perdón y a darlo cuando me lo piden?

Y se trabaja adquiriendo caridad (es muy fructífero leer, meditar y guiarse como plan de acción por el Himno a la Caridad en 1 Cor 13), cuidando las propias palabras, por el espíritu que nos anima meditando sobre el perdón, y aprendiendo a perdonar fácilmente.

- 8) Dichosos **los perseguidos** por causa de Jesucristo", es decir, "Dichosos nosotros si somos rechazados por parecernos a Jesucristo". Esta última actitud, resumen de todas las demás, implica aceptar y amar la Cruz sin "pisarla"; es decir, **amar la Cruz y elegirla**. Nos une a Jesucristo, que se hizo "Víctima" por nosotros; de hecho, esta Bienaventuranza sólo se entiende correctamente cuando buscamos parecernos a Cristo.

Pero no hay que confundirla con la persecución o los castigos sufridos por hacer el mal, o con el rechazo del prójimo causado por nuestras faltas o nuestro mal espíritu. Hay muchas personas perseguidas a las que no se aplica esta Bienaventuranza. De hecho, no se refiere a las personas que "se sienten perseguidas", porque el que "se siente" perseguido, de ordinario no lo es; **los verdaderos santos perseguidos no exageraban su condición de serlo**.

Al contrario, exige mucha alegría: "alegraos y regocijaos", dice Jesús; si no hay alegría, es decir, paz, conformidad con la voluntad divina, no se experimenta esta Bienaventuranza aunque la persecución fuera real e injusta.

De esta Bienaventuranza se siguen como bienes propios: la verdadera semejanza con Cristo Crucificado y la fecundidad espiritual, ya que toda fecundidad apostólica proviene de la Cruz: "*Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia Mí*", dice Jesús.

Así pues, está claro que la falta de esta actitud equivale a vivir la cruz con amargura e inquietud y a no entender el cristianismo. San Pablo dice a los Tesalonicenses hablando de la persecución: "*Vosotros mismos sabéis que a esto estamos destinados*" (cf. 1 Tes 3,3 - 4). Otra versión traduce: "*Por eso estamos aquí*". Al no adoptar esta actitud, el cristiano vive amargado, porque la cruz es inevitable y vivir en desacuerdo con lo inevitable es vivir contra el viento.

De ahí que de la incompreensión de esta verdad se siga la huida de todo lo crucificante. Otros reaccionan con abatimiento, queja, resentimiento o incluso violencia ante la persecución o la calumnia. Los mártires daban gracias a Dios cuando se les anunciaba la persecución. **El inmaduro, cuando oye que hablan mal de él, se irrita y se enfurece**. La falta de actitud [de esta Bienaventuranza] hace que nos parezcamos al "mal ladrón" que fue crucificado con Cristo: su modo de llevar la cruz como una maldición y el modo de llevar la cruz de los que la rehuyen. La incompreensión de esta Bienaventuranza también puede llevar a vivir la vida con amargura, a apartarse de los planes de Dios, a perder la perseverancia en la propia vocación o en la propia fe. Y en algunos casos puede producir trastornos psicológicos debidos a vivir durante un tiempo prolongado en un estado de rebeldía interior. También puede hacer aflorar enfermedades latentes tanto físicas (insomnio, hipertensión, gastritis, úlceras) como psíquicas.

Para poner a prueba el corazón, hay que preguntarse:

¿Cómo veo la cruz? Ante un dolor injusto (persecución, calumnia, crítica injusta, castigo desproporcionado, etc.), ¿cuál es mi reacción: alegría, conformidad con Dios y perdón hacia los causantes de ese dolor? O, por el contrario, pisoteo, siento resentimiento, me siento incomprendido y despreciado, injustamente sustituido, me

quejarme, murmurar de mis perseguidores (incluso cuando eran mis superiores legítimos, mis padres o mi cónyuge...)?

Si queremos cultivar esta actitud, deberíamos tender a trabajar el sentido del dolor (leer y meditar el opúsculo de Don Carlo Gnocchi "Pedagogía del dolor inocente" puede ser muy útil), contemplar y meditar el ejemplo de Cristo crucificado y el comportamiento de cada uno de los ladrones, viendo cuál de los tres se identifica con mi visión del dolor; por último, preguntarme mucho sobre la conformidad con la voluntad divina.

Hemos esbozado así los contornos básicos y elementales de una personalidad madura.